COMEDIA FAMOSA.

AL NOBLE SU SANGRE AVISA.

DEL MAESTRO THOMAS MANUEL de Paz.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Alexandro, Rey.	*Aurelio, Conde.*	*Flora, Criada.*
Carlos, Galàn.	*Diana, Duquesa de Mantua.*	*Alisio, Criado.*
Astolfo, viejo.	*Estrella, Dama.*	*Pilon, Gracioso.*
Federico, viejo.		*Musica, y Acompañamiento.*

JORNADA PRIMERA.

Salen Astolfo, vestido de pieles, con barba blanca, y Federico, de villano tambien con barba, que serà entrecana.

Fed. YA, Astolfo, y señor, que el Cielo,
para alivio de mis penas,
ha permitido te hallasse
al tiempo que en la maleza,
para mi formè sepulcro,
aun donde el Sol no me vea:
Ya, pues, que de tus fortunas,
à pesar de la tristeza,
me diste noticia, haciendo
teatro de tus tragedias:
Y yà, pues, que de tu alvergue,
sin saber à quien hospedas,
con cariño, y con valor,
dueño permites que sea:
Y yà que tengo entendido
me mandas, que te refiera
la causa de mi retiro,
en la margen lisonjera
descansa de aquella fuente,
mientras que yo de mis penas
te doy noticia, si acaso
los rigores de mi estrella
no quitan, por mas tormento,
el movimiento à la lengua.
Astolf. Solo con essa esperanza
he divertido la quexa,
que tan justamente tengo
del silencio à que te entregas,
pues quando recien llegado
no bastò el trage que ostentas
à conocer, que sin duda,
ò es vana toda mi ciencia,
ò encubres un alma noble
entre rustica corteza:
Por cuya causa, llevado
del aprecio de tus prendas,

no pude dissimular
de mis fortunas deshechas,
tras veinte años de silencio,
el darte noticia dellas:
y aviendo de tus suspiros
congeturado en mi idea
ser estraño tu sucesso,
te pedì me le dixeras
varias veces; pero tu,
por essas nevadas hebras
de plata, en cristales dabas
mudamente la respuesta:
con lo qual, juzgando aver
hallado quien divirtiera
el peso de mis desdichas,
en mi suerte tan adversa,
que tu pena, Alberto amigo,
hace crecer mas mi pena.
Mas yà que determinado
estàs à decirlo, alienta,
que es Astolfo quien te escucha,
que aunque para sus tormentas
no ha avido humano remedio,
puede ser que de manera
sean las tuyas, que se alcance
aun mas de lo que deseas.
Sientase Astolfo.
Yà estoy sentado, prosigue,
que si no miente mi ciencia, *ap.*
del prodigio de tu historia
tendrà fin mi suerte adversa,
como me avisan los Astros.
Fed. Deme quien soy fortaleza:
Napoles: (aun no he empezado,
y yà siento que flaquèa)
Napoles, pues, Noble Astolfo,
que de su Reyno Cabeza
es (maravilla del mundo)
fue la parte donde ordenan
los Cielos que recibiesse
la mas ilustre nobleza,
que del Rey abaxo vieron
de su Rey de Armas las letras.
Nacì, pues, su Condestable:::
Astolf. Valgame el Cielo. *ap.*
Fed. Aqui empieza
con mas atencion à oìrme,
suplicandote, que adviertas,
que mi nombre es Federico,
que mudarle fue advertencia,
que ya tendràs conocida:
Fuì de mi Reyno la Estrella
mas immediata del Sol,
pues siempre del Rey tan cerca
estuve, que me ilustraban
los rayos de su grandeza.
Tan querido de Rodulfo
me hallaba, que fue cautela
tal vez no admitir favores,
por no dàr correspondencia.
Un Argos fui de su gusto,
y el Rey del mio lo era:
(mira què haria un Vassallo
leal con tanta fineza!)
Cargò el peso del govierno
sobre mis hombros: (quisiera
decirte, que su fatiga
siempre à mi amor fue ligera)
Siendo el Rey mozo, dexò
à mi eleccion, que eligiera
la consorte à su persona:
hallòla mi diligencia
en Parma, cuya hermosura
fue à Rodulfo tan acepta,
que con su gusto, y del Reyno,
me parti por su Duquesa.
Entrè en Parma, (ay de mi, triste!)
recibieronme con fiestas,
desposème con poderes,
y la jornada dispuesta
para Napoles, escucho
en una immediata pieza
de donde la Reyna estaba,
con dolor, y con prudencia
de una dama el tierno llanto.
Seguì el acento, y las quexas:
(que fueron à mis oìdos
el canto de las Sirenas)
Hallè à Violante: (perdona,
que aqui un rato me detenga,
que como la vì llorar,
y como fue la primera,
que por las puertas del alma
robò todas mis potencias,
tambien aqui su memoria
casi me despoja de ellas)
Era de la Reyna prima,
y viendo como la dexa,

y que sin ella se parte,
lloraba por ir con ella.
Supliquela que la lleve;
aceptò presto su Alteza,
que el amor, à poco ruego,
concede lo que desea.
Parto à Napoles gozoso,
y con poca diligencia
hallè en violante cariño;
mas no me espanto, que era
Federico en aquel tiempo,
en la gala, y gentileza,
el Adonis de su Reyno:
(què comparacion tan necia!)
con el amor me olvidè
de la passada sobervia.
Y por abreviar te digo,
que me desposè con ella
en secreto por entonces:
que quando se unen Estrellas,
ni ay plazo que no se alargue,
ni ay ocasion que lo sea.
Hallòse la Reyna en cinta,
y al mismo tiempo mi prenda;
y estando para sacarla
trazando varias cautelas,
llevò el Rey à Miraflor,
Aldèa mia, à la Reyna,
para que en varios Jardines
de su gusto se divierta:
por lo qual tambien Violante
la fue forzoso ir con ella:
y porque admireis, Astolfo,
lo que los Cielos ordenan,
cogiò en una noche el parto
à mi esposa, y à la Reyna.
Fueron hijos los dos partos,
fingiòse mi dueño enferma:
(ocasion que nos valiò
el logro que se desea)
Gustoso el Rey del sucesso,
daba ocasion que tuviera
el aliento de mi dicha,
igual la correspondencia,
passando mi propio afecto,
para con èl, por fineza.
Pero viendo que el Infante
el dulce alimento dexa,
con peligro de la vida,
cubriò à todos de tristeza,
y de sentimiento el Rey,
diò señales, que pusieran
(à passar mas adelante)
à la suya en contingencia.
Viendole casi rendido,
discurro como pudiera
remediar tan grave daño:
y propusome la idèa
el remedio, y sin hacer
segundo acuerdo en su audiencia,
aquella noche quitè,
con secreto, y con cautela,
el hijo del Rey, mortal,
y el mio, cuya belleza
me llevaba el corazon,
dexè entre las reales telas,
llevando el casi difunto
al ama, sin que lo sienta:
(porque conozcas, Astolfo,
lo que un afecto despeña)
Aun no los rayos del Sol
de su luz nos daban señas,
quando juzgandose el Rey
sin alma, vida, y potencias,
oyò la nueva dichosa,
sin saber cosa tan nueva;
al mismo tiempo que yo,
pesaroso de la empressa,
al ama entro à vèr del mio,
y juzgando de hallar muerta
à la causa de mi muerte,
gozaba del dulce nectar,
sin hallarse aver tenido
accidente en su flaqueza.
Diò el Rey la buelta à la Corte,
y tan presto diò la buelta,
que no pude deshacer
el daño que me atormenta;
porque llevando gozoso
à mi hijo, y à la Reyna,
no tuve mas ocasion:
Y asi, señor, me fue fuerza
criar por mio el Infante,
sin hallar modo, ò manera
de desatar este engaño;
y porque mi inadvertencia
tuviesse el dolor cumplido,
mi esposa muriò en la Aldea

de sobreparto, y quedò,
dissimulando la pena,
criando à Carlos, de modo,
que no echàra su inocencia
menos los Reales cariños,
enseñanzas, y assistencias.
Saliò galàn por extremo,
cada accion ponia una flecha,
que el corazon me passaba,
porque la naturaleza
no pudo fabricar hombre
de virtudes tan excelsas
para la Corona: y esto
me traia de manera,
que solo el dissimularlo,
era batalla sangrienta,
que la templaba la vida
de Alexandro, que esse era
el nombre que el Rey le diò
à mi hijo: y aqui es fuerza
no pintar su gallardia,
que puede ser que la lengua,
de la passion ayudada,
diga mas de lo que intenta.
Corriò el tiempo, hasta que el Rey
casar à Alexandro ordena
con la Duquesa de Mantua;
vine, señor, à su tierra,
capitulè el casamiento,
y mirando à mi conciencia
el daño que la cercaba,
quise, à pesar de mi afrenta,
antes passar por culpado,
que no encubrir tanta ofensa.
Y aviendo dado el retrato
de Carlos à la Duquesa,
tuve modo de fingir,
que en una caza de fieras,
una me quitò la vida,
y de un criado de prendas
fio la nueva, y papeles:
Estos à Carlos los lleva,
entre los quales dispuso
un pliego mi providencia,
sellado, para que al Rey
le dè Carlos, quando sepa
que soy muerto; y en la carta
al Rey le doy larga cuenta
de todo quanto has oido,
sin faltar en una letra,
y con otras circunstancias
tocantes à esta materia.
Y aviendo dicho al criado
en la parte que le espera
mi persona, me retiro
adonde nadie me vea,
à llorar mi desventura,
pues quiso mi suerte adversa,
que naciesse una traycion
de una imprudente fineza.
Y assi, Astolfo, esta es la causa
de mi trage, y mi tristeza,
aunque en tan grande desdicha,
dispone el Cielo que tenga
compañia en mis sucessos,
y puerto en tanta tormenta.

Astolf. Admirado estoy del caso,
mas no de modo que tenga
impossible su remedio,
que puede ser, quando vea
el Rey la carta, remedie
el dolor que te atormenta;
y si no lo remediare,
tiene el consuelo tu pena,
aver causado este yerro
del cariño la violencia.
Y pues dixiste al criado
el laberinto en que quedas,
y quedò de darte aviso,
fia de que quando buelva,
de tu confuso cuidado
te ha de traer feliz nueva.
Yo sì que soy desdichado;
(ay dulce, y perdida prenda,
blanco donde mi enemigo
quebrò la furia sangrienta!)
Vamos, Federico amigo,
que ya de la quarta esfera
dispara el globo de luces
ardientes de fuego flechas;
y para el calor, yà sabes
que es mi estancia mas amena;
ademàs, que puede ser
que ayan de algunas Aldèas
venido por medicinas,
que les previene mi ciencia,
arte que en mis mocedades
me inclinò naturaleza,

co-

como ya te tengo dicho,
de que se sigue que tenga
fama en todo el Apenino,
y mi vejèz conveniencias.
Fed. Vamos, Astolfo, y el Cielo
te pague tanta clemencia,
y le pido:: *Astolf.* Què le pides?
Fed. Que halles la luz de tu estrella.
Salen Alexandro, el Conde Aurelio, y quatro Musicos.
Music. Coronado de trofeos
el Sol de Napoles sale,
el valeroso Alexandro,
y Napolitano Marte.
La frente Augusta ceñida
de victorias immortales
del Cetro, y de la Corona,
heredadas de su padre.
Liberal sus resplandores
à todo el mundo reparte,
que no es luz la que se tarda
un punto en comunicarse.
Alex. Cesse el metrico instrumento,
porque mi pena porfia,
y es lisonja su harmonìa
al rigor de mi tormento:
A no dar gusto condeno
à mi gusto, pues advierte,
que mi desdicha convierte
el antidoto en veneno.
No canteis mas, despejad,
que no sè por què razon
atormenta el corazon
el Trono, y la Magestad.
Por què estoy triste apetezco
saber, y no hallò el por què;
y aunque padezco, no sè
la razon por què padezco.
Procuràra remediar
mi daño, si le supiera,
y es mi desdicha tan fiera,
quanto no poderle hallar.
Tiene su discurso en calma
esta tristeza vehemente,
pues al passo que la siente,
al mismo la ignora el alma.
Aur. Oy que de Napoles la bella
por Rey te viò coronar,
tanta pena has de mostrar?
Rey. No puedo vencer mi estrella,
Conde Aurelio, que el rigor,
que el regio triunfo deshace,
sin duda alguna que nace
de causa mas superior:
porque de buena razon,
viendome tan aplaudido,
tan estimado, y querido
del Reyno, mi corazon
mas gustoso avia de estàr,
y es tanta la tyranìa
de mi mal, que su alegria
aumenta mas mi pesar.
Aur. El saber no te dà aliento
que Federico ha llegado
à Mantua, y efectuado
con Diana el casamiento,
cuya admirable belleza,
dicen, que no tiene igual?
Rey. Ni aun esso alivia mi mal;
tal es, Conde, mi tristeza,
que aunque Federico tarda,
ni yo estoy enamorado,
ni padece mi cuidado
el mal del que amando aguarda.
Idos, y las alegrias
haced, Conde, suspender,
hasta hallar, si puede aver,
remedio à las penas mias:
y por si esta pena cessa,
à Velflor te partiràs,
que es del Conde, y detendràs,
quando llegue, à la Duquesa.
Procurala entretener,
mientras solicito hallar
alivio en tanto pesar
en su casa de placer,
porque su grande belleza,
fiada en justo contento,
no es bien que un desabrimiento
halle, en lugar de fineza.
Y demàs à mas, advierte,
que no salga de Velflor
sin mi aviso, si el dolor
antes no me dà la muerte.
Y assimismo partiràs
luego al punto al Apenino,
y aquel ingenio divino
de Astolfo le pediràs,

que venga à vèr mi persona,
y este achaque no entendido,
que le darè agradecido,
si le alcanza, mi Corona.
Traele con estimacion,
que segun yo lo deseo,
parece, Aurelio, que veo
libre por èl mi passion.
Aur. Con el silencio, señor,
mi obediencia, y sentimiento
explico, que mi tormento
no halla lengua à tal dolor.
Vase, y sientase el Rey.
Rey. Ea, Alexandro, yà estàs
solo, y aqui en el silencio,
à mi de mi me pregunto
la causa por què padezco?
No soy Alexandro yo,
del Rey Rodulfo heredero?
pues si naci Rey, què puede
embarazarle à mi pecho?
Los Reynos que me dexò
mi padre, en paz no los tengo,
y en quietud? pues si es assi,
quien causa guerra à mi aliento?
Si mientras viviò mi padre,
con ser unico heredero,
no me tuvo voluntad,
por ser à su gusto opuesto,
y à pesar de sus desvìos,
y de su trato severo,
el Reyno todo me amaba
leal, y con tanto extremo,
que llegò à tener embidia
yà su valeroso pecho?
Si entonces me daba pena
mirar su aborrecimiento,
yà estoy libre de sus iras,
y de la Corona dueño,
por lo qual esto no es
la causa de mi tormento:
Si el privado de mi padre,
Federico, es de mi afecto
la mas estimada prenda,
y està ausente, no por esso
ay razon para que un Rey,
por un vassallo, aunque bueno,
llevado de su cariño,
haga, por su ausencia, extremos:
Si la Duquesa de Mantua,
de su hermosura por dueño
me admitiò, y yo no me abraso
en sus divinos incendios,
no serà causa tampoco
deste ignorado veneno:
Si quando muriò mi padre,
con un cuidadoso afecto
me dixo: Alexandro mio,
Federico, à lo que entiendo,
aunque nunca fue casado,
un hijo tiene mancebo,
gallardo, y de ricas partes,
el qual prudente, y secreto,
criò fuera de la Corte,
que à su decoro atendiendo,
no se declarò jamàs,
por ser el Conde un espejo,
en quien nunca viò vapor
el embidioso, ni el cuerdo.
Llamase Carlos, y fio,
que haràs, pues yo te lo ruego,
que en èl vea Federico,
si à sus servicios atiendo:::
Este cuidado, tampoco
puede causar en el centro
del alma ningun cuidado,
pues yo à Federico quiero
de manera, que ha de vèr,
que es dar con fineza el premio:
Y assi, en aquesta atencion
de mi padre, y su precepto,
no puede aver pena alguna,
por ser lo que mas deseo.
Sale Alisio.
Alis. Grandes novedades miro! *ap.*
el Rey està aqui. *Rey.* Què es esto?
Alisio, seais bien venido.
Alis. No cabe en mi entendimiento
el dàr las nuevas que traygo,
con lo que passa en el Reyno:
y assi, Carlos Gran señor,
del Condestable heredero,
las diga en vuestra presencia,
si le concedeis primero,
por hijo de Federico,
la licencia para hacerlo.
Rey. Si en Napoles està Carlos,
como negarsela puedo?

Salen

Salen Carlos, vestido de gala, y Pilon.

Carl. Si señor, y à vuestros pies.
Rey. Seràn mis brazos primero.
Carl. Si toco del Sol los rayos,
temerè abrasarme en ellos.
Pil. Si sois el Sol de la tierra,
con las plantas me contento.
Carl. Aparta, loco. *Rey.* No gozan
los Condestables del Reyno
con riesgo su ardiente esfera:
No sè què al mirarle siento! *ap.*
que me causa su persona,
al passo que amor, respeto,
y no sè que oculta causa
me templa el dolor al verlo.
Carl. Con tantas honras, señor,
muy bien atreverme puedo
à daros parte en mi pena,
para que pueda mi pecho
tener seguro el alivio
en tan grande sentimiento.
Despues que en Mantua dexò
efectuado el empleo
con vuestra esposa mi padre,
estando cercano el tiempo
de su venida, un cavallo
en una caza, sobervio
le despeñò, à cuyo golpe
la columna, que el Imperio
sustentaba, diò la vida.
Rey. Valgame todo mi aliento!
Carl. Y al salir à daros parte,
supe como todo el Reyno,
por muerte del gran Rodulfo,
que pisa hermosos luceros,
vuestro triunfo Real celebra;
por cuya causa, depuesto
traygo el trage que pedia
el natural sentimiento,
Entre la ropa, y papeles,
que Alisio me diò,hallè un pliego
sellado, y su sobreescrito
para vuestro padre; y viendo,
que acaso puede importar
à la Corona el secreto,
à vuestros ojos le traygo,
pues vos solo podeis leerlo.
Y assimismo, gran señor,
pues han querido los Cielos
que logre vuestra presencia,
rendido os ofrezco à un tiempo
el pesame, y parabien
del triunfo, y del sentimiento,
de quien me ha cabido parte
tanta, que deciros puedo,
no senti de Federico
el lamentable sucesso
tanto, como de mi Rey
estoy aora sintiendo.
Esta es la carta. *Dasela.*
Rey. Mostrad,
y porque veais que agradezco
esse dolor igualmente,
os esseguro, y advierto,
que he sentido à Federico
de modo, que no prevengo,
si al morir el Rey, sentì
el dolor que aora siento.
Abre la carta, y la lee èl para sì.
Alis. Lo que intenta Federico *ap.*
por ningun caso comprehendo;
pero à mi el obedecer
me toca, y guardar secreto.
Pil. Este es el Rey ? yo pensaba
que era algun Gigante fiero,
como el de Olias, à quien
diò la muerte el Rey Salmero.
Rey. Raro prodigio! yà hallè
de mi accidente el remedio; *ap.*
sin duda que el Condestable
fue padre mio, si advierto
tanto amor en Federico,
como en Rodulfo despegos:
ademàs, que es un retrato
Carlos del mismo Rey. *Carl.* Cielos,
en esta carta què traxe,
que hace elRey tantos extremos?
Pil. Parece danza de monos,
que se explican con los gestos.
Rey. Y el templarse la tristeza, *ap.*
es evidente argumento
de aver hallado la causa
de mi mal, si considero
à mi sangre, repugnando
lo soberano del puesto,
y que no repugna el darle
à Carlos el Solio Regio;
y mas quando Federico

fue

fue Vassallo tan atento,
que no naciò el Sol tan puro,
como èl lo fue en su govierno:
Ademàs, que si èl quisiera
fingir este engaño, es cierto,
que no abrazàra mi sangre
la nueva con tal sossiego;
y assi, sin duda ninguna,
eran su pecho, y mi pecho
un relox, cuya lealtad,
por faltarle, andaba inquieto.
Descubriò el mal, y muriò,
dexando su movimiento
tan sin govierno en el mio,
que solo siento sossiego,
quando el remedio que èl tuvo
admito por mi remedio:
Y assi, pues mi noble sangre,
de este ignorado tormento
me avisa, le darè à Carlos
la Corona; y sepa el Reyno,
que no ay traycion sin malicia;
porque si ay nobleza, es cierto,
que no callarà su sangre
el mas ignorado riesgo.
Pero vamos poco à poco,
que aunque todo es verdadero
quanto he dicho, no es possible
arrojarme à lo que intento;
y assi, antes de casarme,
con mas prudentes acuerdos
examinarè si es Carlos
digno del Solio Supremo.
Y pues el Cielo conoce
la intencion mia, le ruego,
que si es suya la Corona,
me descubra fundamentos
mas claros, que los que toco,
y conozca el Universo,
que es la nobleza el crisol
de virtud, lealtad, y exemplo:
Esto ha de ser, llega, Carlos.
Carl. Què decis, señor?
Rey. Que buelvo
à darte otra vez los brazos,
que he logrado gran festejo
en aver visto esta carta.
Carl. Hasme tenido suspenso,
que juzguè efecto contrario.
Rey. Y por pagar lo que debo
à Federico tu padre,
todos los honores Regios
de que en la Corte gozaba,
te los buelvo à dàr, y quiero
que tenga mi Monarquìa
sobre tus hombros el peso,
porque hijo de tal padre,
es evidente argumento,
que para empressas mayores
avrà heredado el acierto.
Carl. No sabe, señor, la lengua,
al vèr tan grandes excessos
de amor, pronunciar respuesta;
y assi, el agradecimiento,
pues en palabras no cabe,
explique por mi el silencio.
Pil. Y què le das à Pilon?
Rey. Eres tù Pilon? *Pil.* El mismo.
Rey. Gracioso nombre teneis.
Pil. Es de pila por lo menos:
el caso fue, que mi madre,
en el pilon de mi Pueblo
estaba lavando un dia,
era flaca de celebro,
(aunque no de beber agua)
cayòsela el emboltero
de la ropa, fue à cogerle,
era el obillo traviesso,
y por cogerle, cayò
de pies, y cabeza dentro.
Estaba de mi preñada,
y con el susto, se abrieron
las ventanas de mi casa,
y salì con gran despejo
entre las pares nadando,
por cuya causa me dieron
el gran nombre de Pilon.
Carl. Dirà dos mil embelecos,
no hagais caso, que es un loco.
Rey. Que me divierte os confiesso;
dì que te dèn cien escudos.
Pil. Quien, señor? *Rey.* El Tesorero.
Pil. Pues pidole à Dios que vivas
tanto, como has de estàr muerto.
Rey. Alisio. *Alis.* Què es lo que mandas?
Rey. Pues yà, segun lo que advierto,
oy llegarà la Duquesa
de Mantua, prevèn, que luego
estèn

estèn postas prevenidas,
porquè esta noche pretendo
con Carlos ir a Velflor:
Y à lo que veas, te advierto
no te dès por entendido,
que te và la vida en ello.
Alis. Sin prevenirme, señor,
sè obedecer con secreto:
Vèn conmigo. *Pil.* No quisiera
que se anublassen los ciento. *Vans.*
Rey. Carlos. *Carl.* Señor.
Rey. Porque veas
lo que fio de tu ingenio,
y de tu lealtad, escucha.
Carl. Solo busco obedeceros.
Rey. Pues has de saber (no estrañes
tal caso) porque los Cielos,
para logro de mi dicha,
parece que te traxeron,
que aunque procuro casarme,
antes, amigo, pretendo,
saber si acaso la Reyna
me tiene amor verdadero,
que muger por conveniencias,
mas que amor, es cumplimiento,
y no ay concierto en el gusto,
quando es el gusto concierto:
que el interès, y el amor,
segun mi dictamen, siento,
que raras veces se halla
que assistan en un sugeto.
Por esta causa, fiado
en tu raro entendimiento,
de que yà tengo noticia,
por primer cosa te advierto,
que partamos à Velflor;
trocandonos los sugetos;
tu te has de fingir el Rey,
yo Carlos fingirme tengo,
que la Duquesa no puede
venir en conocimiento
deste caso, porque yo
previne yà aqueste riesgo,
con decir à Federico
diesse tu retrato al tiempo
que avia de dàr el mio,
para que pudiesse luego,
averiguado, decir,
que el de su hijo por yerro
avia dado à la Duquesa:
Y yà que ha querido el Cielo
que logre aquesta ocasion,
prevente, porque al momento
hemos de partir. *Carl.* Señor,
pues què consigues con esso?
no es fuerza que la Duquesa,
juzgando que soy el mesmo
de quien yà tiene el retrato,
tenga gravada en el pecho
la copia, que por los ojos
le diò la ocasion, y el tiempo?
Rey. Puede ser, y si es assi,
saldrè mejor con mi intento;
porque aunque ay otro motivo,
que à mi persona reservo,
no busco, Carlos, muger,
que tenga amor tan ligero,
que pueda un retrato solo
robarla el entendimiento;
porque es cosa averiguada,
que quien se rindiò tan presto
à la gala de un retrato,
con otro hiciera lo mesmo.
Què mal sabes mi designio! *ap.*
trazas son, que dà mi ingenio
sobre un aviso, que viene
de Federico en el pliego,
de aquel retrato de Carlos,
prevenido de remedio,
que diò en Mantua, por si acaso
el Rey previniesse cuerdo
deshacer tan grande engaño;
de donde tambien sospecho,
que intentaba Federico
retirarse deste Reyno,
si la muerte no atajàra,
segun juzgo, sus intentos.
Y assi digo, que no es justo,
que quien quiere darle un Reyno,
le empañe, ni aun con la vista,
del honor el limpio espejo.
Carl. Y como quereis, señor,
que yo al soberano dueño
reciba, siendo forzoso
los precisos cumplimientos
ofender vuestros oìdos,
siendo en tan preciso empeño,
decir la lengua lo mismo,

que destierra el pensamiento?

Rey. Esso, Carlos, no te toca,
lo que toca, es hacerlo,
que aunque es verdad que el honor
es un purissimo espejo,
que un breve aliento le empaña,
sabràs esse breve aliento,
si respirar quiere afuera,
hacer que se buelva adentro.
Esto ha de ser, vamos, Carlos,
que si apuro este sucesso,
que al Noble su sangre avisa,
ha de vèr el Universo.

Vanse, y salen Diana Duquesa, Estrella Dama, y Flora.

Est. Hermoso sitio, señora.

Dian. Agradable retrato de la Aurora;
no vì cosa tan bella,
esta es Velflor, y con razon, Estrella,
tanto la celebraba el Condestable.

Est. Republica de flores agradable;
y no es del Rey? *Dian.* No sè que lo sea;
mas aqui, à lo que entiendo, se recrea
en sus melancolìas,
que aqui le dàn tormento muchos dias
con terribles rigores.

Sale el Conde Aurelio.

Cond. En este sitio de fragantes flores,
donde la naturaleza,
del arte ayudada, tiene
divertidas las potencias,
el cansancio del camino
puede aliviar vuestra Alteza. *à Diana.*

Dian. Conde, venis divertido,
que Diana es la Duquesa:
su prima Estrella soy yo.

Aur. En Mantua la vì, y las señas,
sin duda, tengo perdidas;
perdone vuestra belleza
el yerro de aver tenido
por tanto Sol una Estrella.

Est. Yo quiero tanto à mi prima,
que tomàra ser Estrella,
dexando de ser Diana,
por verla con tal grandeza:
Ay tan estraño capricho! *ap.*
pero obedecer es fuerza.

Flor. Què intentarà mi señora
con tal mudanza? *Dian.* Su Alteza,
Aurelio, tiene ordenado,
que luego al punto se buelvan
à Mantua los que vinieron,
supuesto que el Rey ordena,
que en esta Quinta aguardemos
su voluntad, mientras llega.

Aur. Harè al punto se execute,
señora, con gran presteza;
y de camino me parto *ap.*
al Apenino, y quisiera
llevar alas, porque el Rey
saliesse de sus tristezas;
aunque no sè yo si Astolfo,
aunque Alexandro le espera,
querrà dexar de su estancia
el gusto; pues cosa es cierta,
que otras veces le ha llamado,
y siempre èl sabio se niega,
aunque puede ser que aora,
importunado, obedezca. *Vase.*

Est. Què es lo que intentas, señora,
con una cosa tan nueva,
como hacer que vuestra esclava
el Rey presuma que es Reyna?

Flor. Tambien yo estoy admirada.

Dian. Escuchame un rato atenta.
Yà sabes, Estrella mia,
que naciste en una Aldèa:
vite yo entonces acaso,
desamparada, y sujeta,
por aver muerto tus padres,
à la terrible inclemencia
del tiempo; desto llevada,
y de tu mucha belleza,
yà sabes que te he tenido
con secreto, y con cautela,
porque mi tio (hà tyrano!)
en ningun tiempo te viera
favorecida de mì,
pues su condicion opuesta
à la mia, resultàra
en agravio mi fineza.
Esto assentado, tambien
sabes como mi prudencia,
con nombre de prima mia,
te ha traìdo; pues advierta
tu admirable discrecion,
que son prevenciones hechas
con grande acuerdo, y no acaso,
las

lás que vès, y experimentas.
Tambien sabes, que he nacido
tan arrogante, y sobervia,
que antes perderè la vida,
que casarme, sin que vea
si el dueño, que elijo tiene
igual la correspondencia;
porque Alexandro estàr triste,
ser tan tibia su fineza,
que no le debo un cariño,
dà muy claramente muestra,
que le pesa de dexar,
lo que de tomar le pesa.
Esto lo sabrè mejor
haciendo tu la desecha;
y con aqueste capricho
verè si el Rey, quando llega,
se lleva de tu hermosura,
ò si descubre tibiezas,
que si adora en otra parte,
aunque dissimular quiera,
facil serà conocerlo.
Est. Pues como podrà mi lengua
decir finezas à un hombre,
que es logro de tu belleza,
y mas si acaso entendiendo,
que soy yo su esposa, llega
à rendirme el alvedrio,
es facil que luego pueda
borrar del alma una cosa,
que se imprime con tal fuerza?
Dian. Esso es lo que yo deseo, *ap.*
mas yo saldrè con mi empressa.
Ay, Estrella, que no sabes
donde me guia tu estrella!
Est. Digo, pues, que te obedezco,
aunque tan dudoso sea.
Dian. Tu retrato embiè à Alexandro,
porque he de hacer de manera,
que ha de conocer el mundo
si ay lealtad, donde ay nobleza.
Sale Alis. Yà por la posta ha llegado
el grande Alexandro. *Est.* Es fuerza
el salirle à recibir.
Salen Alexandro, y Carlos.
Carl. No sè què rara influencia *ap.*
se ha transformado en el alma,
que no me cabe en las venas,
no me parece que finjo,
segun mi sangre me alienta:
mas què digo? estoy en mi?
Escusad la diligencia,
que quando el Alva pretende
recibir al Sol, yà llega,
porque sus rayos no dàn
lugar un punto de ausencia:
què peregrina muger!
Est. Què deidad tan manifiesta!
Rey. Parece que mi accidente
con lo que intento se templa.
Carl. Solo à mi dicha faltaba
lograr vuestra Real presencia:
yà me iba à despeñar. *ap.*
Est. Bien, señor, tanta fineza
os merece la que viene
à ser esclava, no Reyna:
Yo no sè lo que me digo: *ap.*
quien viò herida tan violenta!
Carl. Què es esto que me sucede? *ap.*
Dian. Todo el corazon me lleva, *ap.*
sin poderme resistir:
ò, si la suerte quisiera,
que fuesse este Cavallero
digno::: *Est.* Quien à vuestra Alteza,
señor, viene acompañando?
Carl. Muy bien su valor lo muestra:
es el Condestable, Carlos.
Dian. Yà es mas dichosa mi empressa:
Cielos, si el Conde està libre!
Rey. Aunque es bella la Duquesa, *ap.*
este ignorado prodigio
me suspende las potencias.
Carl. Quien à su Alteza acompaña?
Est. Señor, es mi prima Estrella.
Rey. Confiesso que me ha rendido,
no resisto su influencia. *ap.*
Carl. Sin alma estoy! no lo dudo,
mas son mis armas de cera.
Est. Que no estoy en mi confiesso! *ap.*
mas es de mi dueño prenda.
Carl. Conde, besadle la mano
à Diana. *Rey.* Quien pudiera,
sino es mi Rey, gran señora,
merecer tanta belleza?
Est. Y quien, sino su deidad,
vassallo en Carlos tuviera?
Merezca, señor, mi prima
besar vuestra mano, y tenga

parte en la dicha que gozo.
Carl. Si mereciò ser Estrella
de vuestro Sol, puede aver
aplauso que no merezca?
Dian. En el nombre de Diana
el parabien à su Alteza
le doy de tan dulce empleo.
Carl. Ay si la verdad dixeras! *ap.*
Dian. Muy galàn es, pero el Conde
me ha robado las potencias. *ap.*
Flor. Raras cosas estoy viendo! *ap.*
Sale Pil. Los cien escudos me cuestan
venir dado à mil demonios;
valgate el diablo por yegua,
y qual me ha puesto los huessos:
dème los pies tu Grandeza,
si quiere que se los glosse.
Rey. Quita, necio.
Flor. Sois Poeta?
Pil. Si lo soy, mas desgraciado,
que quanto escrivo en mi Aldèa,
si sale bueno, me dicen
que lo hurto; y es la fiesta,
que lo que no vale nada,
aunque de otro ingenio sea,
me lo atribuyen à mì,
con que me dàn brava brega.
Flor. Pension es de los ingenios.
Pil. Y mas si el pobre Poeta
no està bien acreditado;
que si lo està, cosa es cierta,
que suelen sus boberias
passar plaza de sentencias.
... Preciso serà el descanso.
Carl. Vamos con vuestra licencia,
que aunque me abrasen sus ojos, *ap.*
no me han de herir sus centellas.
... Aunque me cerquen sus rayos,
les he de hacer resistencia. *ap.*
...x. No es mucho dexar el Sol,
si sigo aqueste Planeta. *ap.*
...an. Si parezco bien à Carlos, *ap.*
no es mi designio fineza.
... Què es esto? como, señor,
todos te llaman Alteza?
Carl. Disimula, porque importa.
...l. Callarè como una piedra:
la muchacha es como un oro,
poco à embestir, que ay moneda.

Vanse entrando conforme vàn diciendo.
Rey. Para que conozca el mundo:::
Carl. Porque el universo sepa:::
Dian. Porque admiren las edades:::
Rey. Que su sangre al Noble alienta.
Carl. Que no ay amor si ay traycion.
Dian. Que ay lealtad, donde ay nobleza.
Est. Que sabrè morir callando.
Pil. Que si Dios no lo remedia,
ò yo sueño lo que miro,
ò todos no vèn que sueñan.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Carlos, Astolfo, Alexandro, Aurelio Conde, y Pilon.

Rey. Este es Astolfo, señor,
el ingenio à quien celebra
el universo, por solo
en la medicina excelsa.
Este el Filosofo es,
cuya peregrina ciencia,
si de Hypocrates imagen,
es traslado de Avicena.
Este, à quien el Apenino
diò à beber en sus riberas
el desengaño en retiros,
y el assombro en eloquencias.
Este es quien viene à curar
tantas ocultas tristezas
como vuestra Magestad
padece, y à quien venera
por grande toda la Italia;
y ha sido grande fineza
no despreciar tu mandato,
quien todo un mundo desprecia.
Sus grandes melancolias
no le dàn lugar que atienda
à què aveis venido, Astolfo;
pero al punto que lo advierta,
hallareis en su persona
Real la correspondencia.
Ast. Què gallardo que es el Rey!
desgracia es que no lo sea! *ap.*
Señor, mucho sentimiento
tiene el alma de las nuevas
que me ha dado el Conde Aurelio
de tan terrible dolencia:

dadme à besar vuestros pies.
Carl. Astolfo, à mis brazos llega;
de todo estoy advertido, *ap.*
aunque es tan grande mi pena,
que no tiene semejante;
solo con miraros cerca,
si del todo no se quita,
parece que se me templa:
Yo he de perder el sentido *ap.*
con lo que Alexandro intenta.
Astolf. Señor, essa es la aprehension,
que como tiene su Alteza
hecho concepto en el Alma,
que le ha de curar mi ciencia,
es tan poderoso el juicio
del bien, ò mal que se espera,
que hace efecto imaginado,
como si la verdad fuera.
Pil. Y si no, sirva este cuento,
como quien dice, de prueba.
La madre de un gran Doctor
cayò en Napoles enferma
de una enfermedad, que nadie
llegò à entender su fiereza.
Los Medicos afamados
fueron con gran diligencia
à visitarla, cumpliendo
la urbanidad que professan;
y viendo tan grande achaque,
poniendo en arcos las cejas,
decretaron, que no avia
en toda la humana ciencia
remedio à tan grande mal.
Pero replicò la vieja,
mi hijo me ha de curar;
y por dexarla contenta,
recetò algunos remedios,
y obraron de tal manera,
que cobrò luego salud.
Y del mismo mal la suegra
del Doctor cayò al instante,
y le negò la asistencia,
diciendo: à mi madre es claro,
que lo que la dexò buena
no fue lo que recetè,
sino el hallarla dispuesta
de la fee que en mì tenìa,
con que ganè fama eterna;
pero en mi señora es cierto,
que và volada mi ciencia,
porque en su yerno jamàs
tuvo fee ninguna suegra.
Carl. No ha sido la prueba mala.
Pil. Los mas suegritas lo aprueban.
Aur. Alexandro, señor mio,
què transformacion es esta,
que aunque venero el precepto,
mi admiracion no sossiega?
Rey. Dissimula, Conde Aurelio,
que no es ocasion aquesta:
Señor, declara tus males.
Carl. Ay Diana, y quien pudiera::: *ap.*
Pil. Raro capricho el del Rey!
y no avrà quien le comprehenda?
Carl. Son de calidad, Astolfo,
los tormentos que me cercan,
que temo que han de matarme
si los pronuncia la lengua;
quitòme la vida el Rey, *ap.*
mas èl viva, aunque yo muera.
Astolf. Antes, señor, sin decirlos
no cabe en humana ciencia,
aplicar remedio alguno,
porque es la facultad ciega.
Carl. Pues si esso ha de ser, escucha,
dirè lo que el Rey ordena. *ap.*
Pil. Sin duda que los Doctores
deben de hallar en las letras
licencia para matar,
porque matan con licencia.
Carl. Todo mi mal es tener
una profunda tristeza:
dirè lo que siente el Rey, *ap.*
puesto que assi me lo ordena;
un aborrecer el Trono,
un morir con la grandeza,
un sentir, que la Corona,
si no me rinde, me pesa.
Los triunfos me dàn fastidio,
fiero disgusto las fiestas;
la Magestad està en mì,
à pesar de mi prudencia,
segun lo que yo conozco,
como forzada, ò violenta,
desde que muriò mi padre,
que pisa montes de Estrellas,
y yo tomè possession,
como hijo de sus prendas,

empezò mi corazon
à sentir tanta tormenta;
por lo qual todo mi Reyno
tiene de mi justa quexa,
viendo al passo que me amaban,
ordenando su fineza
regocijos à mi aplauso,
que se los pago en ausencia.
Por esta causa en Velflor
se detiene la Duquesa,
y por esta causa, Astolfo,
te he pedido que vinieras,
para que si tienes dicha
de librarme de mis penas,
te ponga yo, agradecido,
mi Corona en la Cabeza.
Yà has oìdo mi desdicha,
y es la passion tan severa
conmigo, que me es forzoso
retirarme, donde pueda
dàr alivio al corazon,
porque en la carcel estrecha
tiene las exalaciones
detenidas, y violentas,
y viendose en el retiro,
las arroja, ò las ausenta.
Y assi, con Carlos podràs,
pues yà has oìdo mis penas,
consultar en los remedios,
que piden con advertencia,
que de todo quanto siento
aun te darà mayor cuenta,
por aver comunicado
con èl mis ansias adversas.
El es movil, que me rige,
y aunque mi remedio sea
algo menos de impossible,
con èl, Astolfo, lo ordena,
que remedio que passare
por su mano, es cosa cierta,
que harà el efecto que piden
su lealtad, y tu fineza. *Vase.*
Rey. Què bien lo dispuso el Cielo!
le dotò de gran prudencia.
Astolf. Digno de eterno renombre
es el grande amor que os muestra.
Rey. Todo lo debe mi afecto.
Pil. De tan estraña quimera,
si no lo remedia Dios,
he de hacer una Comedia;
por si acaso quiere el Cielo
que à ninguna se parezca,
porque si parece alguna,
el desdichado Poeta,
por ladron de trazas, tiene
mucho peligro à la oreja.
Rey. Aurelio, vè con el Rey.
Pil. El demonio que os entienda.
Rey. Vete, Pilon. *Pil.* Yà me voy:
es esta Quinta Ginebra? *Vase.*
Aur. Hasta saber lo que admiro,
confusa estarà mi idèa. *Vase.*
Astolf. Què facil es el remedio,
quando està tan manifiesta
la causa, que Federico
me dixo; y què bien campèa
en su sangre generosa
tanta noble resistencia!
Rey. Si conoce mi tormento,
gravarè en bronce su ciencia.
Astolf. Condestable, yà que el Rey,
como el efecto lo muestra,
quiere que con vos declare
del dolor que le atormenta
la causa, el no averle oìdo
lo atribuyo à providencia
divina; porque es de modo,
que no sè si me atreviera
à decirla cara à cara;
y aun es preciso os advierta,
que os ha de admirar de suerte
lo que mi juicio penetrá,
que aveis de dàr por perdida
sin duda su diligencia,
porque no ha de creer el Rey
lo que indican sus tristezas.
Rey. Pues Astolfo, has conocido
de donde su mal proceda?
Astolf. Si mi ciencia no se engaña:::
Rey. Pues decidlo, no os detenga
razon ninguna, que el Rey
obrarà sin resistencia
quanto yo le propusiere.
Astolf. Mucho decis. *Rey.* Cosa es cierta.
Astolf. Pues escuchadme, Rey. *Rey.* Decid.
Astolf. Aunque no sabe mi ciencia
su achaque, sin duda alguna
la razon es manifiesta

que

que Federico me dixo,
porque tanta resistencia
es efecto de su sangre,
esperanza ay en su pena.
Carlos, del Rey el dolor
me descubre claramente,
que padece el accidente
mas noble, y mas interior:
sin duda que su valor,
pues halla tan grave encuentro
en la grandeza, y tan dentro
me declara en tal estado,
que pues no està sossegado,
no debe de ser su centro.
No agradarle la Corona,
que tanto el mundo estimò,
parece que no naciò
dueño della su persona;
y esta misma accion pregona
al resistir tanta Alteza,
de su sangre la fineza,
porque le avisa leal
à su nobleza, del mal
que marchita su nobleza.
Y sabed, que pudo ser
sucediesse algun fracaso
al nacer, por cuyo caso
le trocassen al nacer;
porque tanto aborrecer
la gloria del governar,
solo, Carlos, se ha de hallar
en una sangre eminente,
que ignorando lo que siente,
siente para no ignorar.
Sin duda que ay heredada
nobleza en su corazon,
pues le avisa una traycion
su misma sangre ignorada;
porque no estàr bien hallada
en el solio, es evidente,
que allà tiene interiormente
alguna causa divina,
que avisandole, le inclina
à sentir lo que no siente:
este es todo mi sentir.
Rey. Esto es sobrenatural.
Astolf. De Alexandro es este el mal,
y assi lo podreis decir.
Rey. Pues què podrà su persona
en este caso advertir?
Astolf. Què ha de hacer? restituìr
à su dueño la Corona.
Rey. Pues còmo saber podrà
si ay legitimo heredero?
Astolf. De su mismo achaque infiero,
que sin duda vivo està,
que su sangre no clamàra,
si el sucessor no viviera,
que por digno se sintiera
sossegado, si faltàra.
Rey. Pues porque tu ingenio alabe,
còmo podrà conocer
al Rey? *Astolf.* Esso ha de correr
por el Cielo, que lo sabe;
quiera el Rey darle el Estado
à su Rey, quando le vea,
y dexe al Cielo que sea
arbitro de su cuidado;
y de aquesto la señal
ha de ser, y la evidencia,
que quando estè en su presencia,
se le ha de templar el mal:
Quien te diera la razon *ap.*
de que lo digo por ti!
Rey. Tan grande ciencia no vi!
hablò con mi corazon:
Astolfo, à su Magestad
dirè quanto has referido.
Astolf. Pues atendedle advertido,
conocereis mi verdad,
que della ha de ser mas prueba,
Carlos, quando la digais
al Rey, si acaso mirais
que le dà gusto la nueva.
Rey. Què bien, Carlos, mi desvelo
se logra en vuestro favor, *ap.*
pues que me paga mi amor
con desengaños el Cielo!
Y aunque basta à mi lealtad
el desengaño que he hallado,
ha de buscar mi cuidado
mas fineza à la verdad. *Vase.*
Astolf. Fuesse, y pues solo he quedado,
à Federico verè,
segun que con èl tratè
quando vino disfrazado:
esta sin duda es la parte
adonde tiene encubierta

de

de la mina oculta puerta
con maravilloso arte,
que en tiempo que el Rey vivia,
y aqueste sitio ocupaba,
por esta gruta gozaba
de su Violante algun dia.
Hecha con traza notable
esta boca, corresponde
à otro jardin, adonde
està aora el Condestable.
Segura traygo la seña,
no se me puede perder,
porque la puerta ha de ser
enmedio de aquesta peña:
Llamo, no venga Diana;
Llama con el pie, y muevese la peña.
yà el peñasco se moviò,
que nada temo, sino
encontrar esta tyrana:
Escusarè estàr con ella,
por librar à mi memoria
de acordarme de la historia
de mi desdichada Estrella.
Salen Estrella, y Carlos, cada uno por su parte; Carlos con un diamante, y Estrella con una flor.
Est. Amado pecho mio,
libertad deseada,
venturoso alvedrio,
possessìon siempre amada,
quien de tantas victorias te ha quitado
el laurèl generoso que has ganado?
Carl. Corazon generoso,
quietud apetecida,
apacible reposo,
aliento de la vida, (na,
quien, los triunfos que labran tu coro-
en cadenas convierte, y te aprisiona?
Est. Mas no lo digais, dexadme,
que yà dicen en mi pecho,
renovadas las heridas,
que està presente su dueño.
Carl. Yà es escusado decirlo,
que las cicatrices siento,
por estàr cerca la causa,
que se me aumentan de nuevo.
Est. Este es el Rey: ay de mi!
què le dirè, quando advierto
mucho riesgo si le miro,
y si no, el de mi precepto?
Carl. Cielos, esta es la Duquesa:
còmo podràn mis afectos
al dueño de mi alvedrio
poderla hablar sin ser dueño?
Est. Si de Diana es el Rey,
y es fino, y leal mi pecho,
como, si no es centro mio,
le miro como à mi centro?
Carl. El Rey aqueste diamante,
que es de la firmeza exemplo,
me manda que dè à Diana,
porque nunca el pensamiento
presuma tibieza alguna
en el dilatado empleo.
Est. Esta flor es de la Reyna,
que me obliga con imperio,
que à Alexandro favorezca,
porque no imagine cuerdo
algo tibios los cariños:
deme mi valor esfuerzo.
Carl. Deme quien soy ossadìa.
Est. Huvo tan terrible empeño,
como buscar en las llamas
el huìr de los incendios?
Carl. Huvo pena mas cruel,
como presentarme al fuego,
y que el riesgo de su furia
no me assegure del riesgo?
Est. Buelvome, pues no me ha visto.
Carl. Pues no me ha visto, me buelvo.
Est. Ha, pesar de la obediencia!
Carl. Ha, rigor de mi precepto!
Est. Esto ha de ser. *Carl.* Esto importa:
pero el Rey? *Est.* Pero mi dueño?
yo le llamo. *Carl.* Yo la llamo:
señora::: *Est.* Señor::: yà, Cielos,
se rinde todo el valor!
Carl. No en valde, Reyna, salieron
oy tan fragantes las flores,
señora, si considero
la ventaja que conocen
en tan divinos luceros,
à la que del Sol reciben,
con la pension de que luego,
que les dà sus resplandores,
es tan escaso su esfuerzo,
que el tiempo mismo es testigo,
que les falta al mejor tiempo,
mas

mas vos no ſois de eſſa ſuerte,
que vueſtro eſplendor excelſo,
no ſolo excede en belleza
à eſſe Planeta ſobervio,
ſino que ſus luces bellas,
firmes ſus rayos ſerenos,
ni el Ocaſo los ſepulta,
ni los empeña el aliento:
Què conſentir lo que digo *ap.*
me es fuerza oìr lo que ſiento!

Eſt. Vueſtra Mageſtad perdone,
que con ſu miſmo argumento
le tengo de reſponder,
probando, que el lucimiento
de las roſas, y las flores
ſolo ſe debe à ſu imperio.
Eſta maquina florida,
eſte terreſtre govierno,
es imagen del Celeſte,
en cuyo Real firmamento,
ſolo ay un Rey que govierna,
los demàs ſon los Luceros.
Eſtos reciben la luz
de ſus brillantes reflexos,
mendigando cada uno
de ſu Rey el lucimiento.
Vos ſois Monarca del Mundo,
de cuyo radiante fuego
à todos comunicais
reſplandores; con que es cierto,
que à vueſtra viſta las plantas
reciban vida de nuevo.
Y yo, que à vueſtro favor,
mas que nadie experimento,
ſoy una Eſtrella que brillo
mas entre Planetas vueſtros;
porque aunque mirais mis luces,
eſtad, gran ſeñor, muy cierto,
que ſon los rayos preſtados,
por eſtarlos recibiendo
de vueſtra viſta; y ſi faltan,
como nacen de ſu centro,
en el Ocaſo yà dicho
hallaràn ſu monumento:
Yà me iba à deſpeñar. *ap.*

El Rey al paño, y al otro lado Diana.

Rey. Carlos eſtà aqui, encubierto
le he de eſcuchar, que es Diana
con quien eſtà. *Dian.* Vèr pretendo
ſi eſtà Eſtrella enamorada,
pues he llegado à buen tiempo,
que ſi lo eſtà, ſe me logra
mucho mas fino mi intento.

Carl. Eſte diamante::: *Eſt.* Eſta flor:::
Carl. Serà ſeñal::: *Eſt.* Serà eſpejo:::
Carl. De firmeza::: *Eſt.* En que veais:::
Carl. La voluntad. *Eſt.* De ſu dueño.
Carl. Yo no buſco recompenſa.
Eſt. Ni yo recompenſa acepto.
Carl. Yo le doy ſin interès.
Eſt. En recibirle me ofendo.
Carl. Ay, quien pudiera tomarle!
Eſt. Quien le diera el alma en trueco!
Carl. Pero primero es mi Rey.
Eſt. Es la Duqueſa primero;
en dàr la flor ſoy mandada,
mas en tomarle la ofendo.
Carl. Recibir favor no es juſto,
en dàr la joya obedezco.
Eſt. Ser del Rey favorecida,
es de la Reyna deſprecio.
Carl. Favorecerme Diana,
del Rey ofendo el reſpeto.
Eſt. Luego no puedo tomarle?
Carl. Luego tomarla no puedo?
Yo os doy aqueſte diamante,
mas ha de ſer con pretexto
de no recibir la flor,
porque yo aqui no pretendo
ſaber vueſtra voluntad,
que ſolo, ſeñora, atiendo,
que la mia conozcais:
y por moſtrarla, os ofrezco
aqueſta mueſtra, por ſer
de tanta firmeza exemplo.
Eſt. Yo al daros aqueſta flor
os imito en el intento,
que ſi no quereis ſaber
el debido amor que os tengo
al recibirla, fiado
en la lealtad de mi pecho,
y lo teneis por fineza;
què razon ay, quando veo,
que de la fee haciendo alarde,
ſacrificais el trofeo,
que no mueſtre el querer mas,
quando yo no os amo menos?
Rey. Que no reciba la flor *ap.*

de fino, leal, y atento!
Dian. Que el diamante no reciba, *ap.*
por no empañar el reſpeto!
Rey. O ſangre, y como me aviſas!
Dian. O Real decoro, y Regio!
Carl. Recibid, ſeñora, vos
el diamante; quede, os ruego,
la flor en vueſtra hermoſura,
que mejor eſtà en ſu centro.
Eſt. La flor aveis de tomar,
y aqueſſe rayo de fuego
no ſalga de vueſtra esfera,
que en mi corre ſu luz rieſgo.
Dian. Harè que tome el diamante.
Sale Carl. Solo tiene eſte remedio:
ea, venza yo, tomad.
Eſt. Vos me enſeñais à venceros.
Dian. Diana, ſeñora mia. *Rey.* Alexandro.
Carl. A què buen tiempo,
Condeſtable, aveis venido!
Eſt. Què à medida del deſeo
has venido, Eſtrella mia,
porque el Rey, y yo tenemos
una porfia amoroſa,
que la ha de vencer tu ingenio.
Carl. Es la queſtion, Carlos mio,
de modo, que no prevengo
hallar remedio à la duda,
ſi no me dais el remedio.
Eſt. En ſeñal de la obediencia,
que he de tener à mi dueño,
le ofrecia aqueſta flor.
Carl. Y yo, de firmeza exemplo,
eſte diamante ofrecia.
Eſt. Pero dandola, no acepto
dadiva al preſente alguna,
que es mi amor tan verdadero,
que un atomo de interès
empeña ſu lucimiento.
Carl. Yo ſigo la razon miſma,
y nos hallamos à un tiempo
deſpreciados los favores,
y rendidos los afectos.
Eſt. Y aſsi tu, Eſtrella, pues eres
el archivo donde tengo
el mayor teſoro mio,
con gran cuidado te advierto,
que me guardes eſta flor,
para quando llegue el tiempo,
que la reciba Alexandro,
como eſpoſo, y como dueño.
Carl. Yo, Carlos, lo propio digo,
vos ſois de mi entendimiento
la parte mas eſtimada;
y pues que tanto os contemplo,
eſte rayo, dedicado
à los divinos incendios
de Diana, le guardad,
haſta, que como dice, el tiempo
llegue que ſe le ofrezcais,
como prenda, que en ſu centro
depoſita la firmeza,
que rinde un Rey à ſu Cielo.
Dian. Perdonadme, prima mia,
que aunque mas quiera tu ingenio,
en no tomar el diamante,
moſtrar mas fino el afecto,
eſſa color no le quita
à lo què trae el deſpego.
Rey. Aunque no tomar la flor
ſea un encarecimiento
digno de vueſtra grandeza,
es meneſter mucho esfuerzo
para quitarle al deſayre
las dudas que trae de ſerlo;
y aſsi, bien podeis tomarla.
Dian. Y aſsi, Diana, te ruego,
que recibas el diamante.
Carl. Hallò ſalida mi ingenio. *ap.*
Eſt. De aqueſta ſuerte ſaldrè *ap.*
con el laurèl que pretendo.
Carl. Yo me rindo à vueſtro guſto,
y aſsi, tomando el conſejo
de Carlos, que para amaros
ha ſido norte, obedezco
vueſtra voluntad, tomando
la flor. *Eſt.* Yo digo lo miſmo,
pues el diamante recibo,
mas ha de ſer con pretexto
de que me le guarde Eſtrella;
porque aunque yo le reſpeto,
haſta veros deſpoſado,
no me mirarè en ſu eſpejo.
Carl. Pues yo de la miſma ſuerte
eſte peñaſcho de fuego
en Carlos le depoſito,
para que quando el Imperio
los deſpoſorios celebre,

ſea Carlos el primero,
que con aquesta ſeñal
dè à entender al Univerſo,
que pudo tanto conmigo
la firmeza de mi aliento,
que no baſtò tanto amor
à empeñar tanto reſpeto.
Rey. Rara lealtad! *Eſt.* Ay de mi!
Dian. Aun lo que miro no creo!
Carl. Voyme con vueſtra licencia,
para que diſponga el Reyno
en Napoles vueſtra entrada,
que de la muerte el ſuceſſo
de mi padre, ha ſido cauſa
la ſuſpenſion; y aſsi os ruego,
que lo que es Règio decoro,
no atribuyàs à deſpego:
Ya no puedo reſiſtir, *ap.*
que es poderoſo guerrero
con el que lucho, y conozco
que yà me falta el aliento!
Eſt. No es, mi voluntad, ſeñor,
yà mia, y aſsi no puedo
acciones de vueſtro guſto
juzgarlas, pues ſolo debo,
ſin examinar deſignios,
venerarlas por aciertos:
Sin alma voy. *Carl.* Yo ſin vida.
Eſt. Muriò mi valor, y esfuerzo.
Carl. Huyendo voy del peligro. *vaſ.*
Eſt. Aun no he de ſanar huyendo. *vaſ.*
Rey. Yo premiarè tu fineza. *ap.*
Dia. Tu lealtad ſabrà el Imperio. *ap.*
Mirad, Carlos, que eſta flor
es prenda:: *Rey.* Yà yo lo entiendo.
Dian. De Diana. *Rey.* Yà lo sè:
pues què me dices con eſſo?
Dian. Que mireis mucho por ella.
Rey. Pues como dudarè hacerlo,
ſiendo prenda de Diana,
y favor de mi Rey ſiendo?
Mas ſi eſte lazo divino
fuera de vos, en el centro
del alma le recibiera.
Dian. Yo, que à Diana venero
tanto como à mi, aſſeguro,
que ſi conozco el aprecio
que haceis de la flor, que ſea
grande el reconocimiento.
Rey. Pues ſi es la flor de Diana,
como podràn mis alientos
eſtimarla como agena?
Dian. Mi dicha conſiſte en eſſo.
Rey. Amar ageno favor,
puede el favor mereceros?
Dian. Si, que es prenda de Diana.
Rey. Vive Dios, que no os entiendo.
Dian. No baſta que yo me entienda?
Rey. Si en eſſo os ſirvo, yo ofrezco
ſacrificarme à eſte lazo,
aunque ſiempre con reſpeto,
porque es el favor del Rey.
Dian. Pues me amais? *Rey.* Con el ſilencio
ſolo me puedo explicar,
que con la lengua no puedo;
pero mirad, que el diamante,
que en vos es corto lucero,
es de Alexandro. *Dian.* Què importa?
Rey. Es, que ſi en rendir mi afecto
en eſta flor os agrada,
amad el diamante os ruego,
porque ſolo eſſo ſerà
de mis anſias dulce premio.
Dia. No ſabeis que es de Alexandro?
Rey. Mi dicha conſiſte en eſſo.
Dian. Amar ageno favor,
puede el favor mereceros?
Rey. Si, que es prenda de Alexandro.
Dian. Digo, que yo no os entiendo.
Rey. No baſta que yo me entienda?
Dian. Si en eſſo os ſirvo, yo ofrezco
ſacrificarme à la joya,
aunque ſiempre con reſpeto,
porque es favor de la Reyna.
Rey. Pues me amais? *Dian.* Con el ſilencio
ſolo me puedo explicar,
que con la lengua no puedo.
Ay, Eſtrella, que por ti *ap.*
me gano, quanto me pierdo!
Rey. Ay, Carlos, que por ſervirte, *ap.*
es mas para mi, lo menos!
Quedad con Dios, que algun dia
ſabreis ſi es fino mi pecho.
Dian. Idos, Carlos, que eſſe dia
quien eſtima mas veremos:
Seràs firme? *Rey.* Es el diamante
de cera para mi afecto;
Y vos lo ſereis? *Dian.* La vida
me falte ſi no he de ſerlo.

Abrese la puerta de la mina, y salen Astolfo, y Federico debaxo del tablado, por donde se hundiò Astolfo.

Astolf. Esto, Conde, ha passado.
Fed. Assi le dais alivio à mi cuidado.
Astolf. Pues sus rayos Apolo
ha retratado yà, y el jardin solo
està; puedes gozar de su frescura.
Fed. No fue poca ventura,
(ò Astolfo peregrino!)
no conocerme Aurelio en el camino,
con que lo disfrazado
me valiò, y el venir siempre apartado:
O si quisiera el Cielo,
que te pueda pagar tanto desvelo,
como tienes por mi! mas tu tristeza
se le debe à tu sangre, y tu nobleza.
En fin, q. mi Alexādro te ha agradado?
Ast. Quien eres, su persona me ha mostrado;
Carlos es valeroso,
mas es el Alexandro mas brioso.
Fed. Carlos es mas galan, sin duda alguna,
ò si no baraxarà su fortuna;
mas pues el Rey muriò, con tu persona
juzgo que le he de vèr con su Corona.
Astolf. El pliego le diò Carlos à tu hijo.
Fed. Porq. no falte à ser quien es me aflijo.
Astolf. No te aflijas, sossiega el desconsuelo,
que el Cielo mira, y es piadoso el Cielo:
Y con tu licencia aora
me voy, por si el Rey atento
me llama para sus males,
para que no me eche menos;
à Dios. *Fed.* El vaya contigo;
y pues sabes el secreto
de la mina, siempre puedes
entrar, que Alisio està dentro
prevenido, por si llamas,
pues vès el raro instrumento
que tiene, porque ninguno
pueda jamàs conocerlo,
y assi te aguardarà siempre.
Ast. Dios te logre tus intentos. *Vase.*

Sale Pilon, y en una reja que avrà en el jardin, se assoma Flora, y hace seña con un pañuelo.

Pil. Sin duda, que esta es la reja,
segun la seña que hicieron.
Flor. Es Pilon? *Pil.* Y tan de azucar,
que te serè de provecho,
si te quieres conservar.
Flor. Cien años ha que te espero.
Pil. O Flora del alma mia!
gracias amor que te veo,
que algo avian de poder
seis mil papeles de versos.
Fed. Gente ha entrado en el jardin,
irme à la mina no puedo
sin ser sentido: estos ramos
me defiendan encubierto.
Flor. No he podido resistirme
de venirte à vèr, sabiendo,
que merece mucho mas
un hombre de tanto ingenio.
Pil. La verdad es que lo soy,
y es grande señal de serlo
vèr, que hablar un disparate
me cuesta grande tormento.
Fed. Este es Pilon, escucharle
divierte mi pensamiento;
es un rayo, tambien tiene
su poco de galanteo.
Flor. Pues yo, Pilon, soy muger,
que no me pago de aquellos
que tienen gran voluntad,
y muy poco entendimiento:
Busco yo un hombre que sea
galàn, valiente, y discreto,
que hombre bobo, para nada
no es possible que sea bueno,
porque le falta de alma,
lo que le sobra de cuerpo.
Pil. Esso buscas? Pues escucha,
y veràs que tu deseo
jamàs pudo apetecer
mas digno, y dichoso empleo,
como el que miras. *Flor.* Por què?
Flor. Yo no soy Poeta? *Flor.* Es cierto,
pero que lo seas, ò no,
què se puede sacar de esso?
Pil. Què se saca? pese à mi alma!
pues no es constante, que en serlo
consiste que sea galàn,
que sea valiente, y discreto?
Ay Poeta que no haga,
aunque se lo niegue el Cielo,
todas sus prendas perfectas,
como le pinta el celebro?
No hace las manos de nieve,

no hace de oro los cabellos,
no son rosas sus mexillas,
no es alabastro su cuello?
pues has de poder hallar
mas cabal ningun sugeto?
Y en quanto à la valentia,
ay quien iguale en esfuerzo
à su valor, quando està
una batalla escriviendo?
Verasle assaltar castillos,
cortar mallas, rajar yelmos,
vencer guerras, dar batallas
en desafios, y en cercos.
Alli le veràs dexar
un toro cosido al suelo,
acà venciendo un gigante,
allà de heridas cubierto.
Aqui derribando un Turco,
acà sugetando un Reyno;
alli entre el humo, y el polvo,
aqui entre la sangre, y fuego.
Alli cercado de flechas,
aqui acosado de perros,
alli le prenden rendido,
aqui se escapa sobervio.
Flor. Tente, Pilon, has perdido
el Juicio? *Pil.* Nada es aquesto
para el valor que professan.
Flor. Esso no es valor, que es viento.
Pil. Todo es de la mesma suerte;
y digo, Flora, su ingenio
ay quien pueda competirle?
Flor. Esso conocerè, viendo
que le haces de repente
à mi hermosura un bosquexo.
Fed. Ay rato mas sazonado!
Pil. Si le harè, y ha de ser nuevo,
que no he de pintarte yo
al uso de aquestos tiempos.
Por què, dime, he de llamar
hebras de oro à tus cabellos,
quando sabe todo el mundo,
que son raìces de muertos?
Por què dirè à tu cabeza
lo que dixo el otro necio,
que era un archivo de ciencias,
si es toda cascos, y sessos?
Por què he de entrar en tu frente
à pintarla, conociendo,
que tiene tantas entradas,
que no he de salir, si entro?
Què harè con llamar tus ojos
estrellas, rayos, luceros,
si al cabo son piel delgada,
agua clara, sangre, y pelos?
Llamar rosas tus mexillas,
no es disparate, sabiendo,
que en quitando la color,
es un poco de pellejo?
Huvo tan gran desatino,
como querer un ingenio,
que la nariz de su dama
fuesse el Monte Pyrineo,
que entre la Francia, y España
divide nevado Puerto,
quando sabia que era
chimenea del infierno
donde el tabaco vendia,
humo, polvo, barro, y cieno?
Y dime, Flora, tu boca
es caxa de algun platero,
que la ha de quaxar de perlas,
puesto que todos sabemos,
que ay dentro de ella una lengua,
tabas, encias, y huessos?
Y dime, por què razon
quieres que diga, que hicieron
torneada tu garganta,
llamandola marfil terso,
que al beber se transparenta,
si has de conocer que miento,
pues sabes que se compone
de cogote, y de pescuezo,
y que es la calle del trago,
y la puente del sustento?
Sale el Rey. Què apacible està el jardin
Pil. Gente viene, yo despejo:
à Dios, Flora, que otra vez
acabarè tu bosquejo. *Vase.*
Flor. Vete muy en hora mala
con tu retrato al Infierno. *Vase.*
Rey. Parece que siento ruido,
mas puede ser que sea el viento.
Fed. Este es mi hijo Alexandro.
Rey. Quando han de querer los Cielos
que halle un fixo desengaño
para logro del deseo?
Ay, Carlos, lo que me debes!

Fed. No alcanzò, como està lexos,
à penetrar lo que dice,
y aunque està obscuro, no puedo
irme sin que sea sentido,
porque los arboles secos
tienen por lengua las hojas,
que me han de hacer descubierto;
pero por aquesta parte:::
Tropieza, y se buelve à esconder.
Rey. Quien està aquì? *Fed.* Yo soy muerto
si me descubre Alexandro.
Rey. Diga quien es, ò este azero
abrirà boca, por donde
descubra tanto silencio.
Fed. Huvo tan grande desdicha!
mas ya diò salida al Cielo.
Rey. Ola, luces: no responde?
Fed. No es engaño lo que intento,
sino ultimo camino,
que hallè para tanto riesgo.
Rey. Diga quien es. *Fed.* Si diria:::
Và andando àzia la mina poco à poco.
Rey. Valgame todo el esfuerzo!
Fed. Tu padre soy, Alexandro,
en este sitio padezco,
el por què, yà tu lo sabes,
buelvele à Carlos su Reyno,
y me bolveràs à vèr
feliz, alegre, y contento. *Hundese.*
Rey. Padre:::
Sale Pilon con una hacha encendida.
Pil. Señor, ya las luces:::
Rey. Valgame Dios! que es aquesto?
si es ilusion lo que he visto?
si es fantasma lo que advierto?
Pil. Quien, señor, ha sido:: *Rey.* Aparta,
si fue verdad? si fue sueño?
sin duda fue fantasia,
porque no sentir el pecho
ningun horror, es señal,
muy evidente de serlo.
Mas como puede engañarme?
no conocì sus acentos,
no vì el bulto penetrarse
por essa peña, diciendo,
y me bolveràs à vèr
feliz, alegre, y contento?
Este no es gran desengaño?
podrè encontrarle mas cierto?
Si, que aqueste puede ser
fantastico sentimiento:
otro aviso he de esperar,
aguardar otra vez tengo;
y si buelve, verà el mundo,
cumpliendo con lo que debo,
que su sangre al Noble avisa,
para que assombre su exemplo.
Pil. Y verà el mundo tambien,
que segun lo que estoy viendo,
no ay locos en todo el mundo,
como Alexandro, y mi dueño.

JORNADA TERCERA.

Salen Carlos, y Pilon.

Carl. Dexame, Pilon, morir,
que ya veo conjurados
contra mi todos los Cielos:
yà de esse Planeta quarto
se despiden rigorosos
tanto diluvio de rayos,
que un Etna soy encendido,
que se buelvo los que exalo.
Pil. Señor (esto và perdido!)
què tienes::: *Carl.* Ay Alexandro!
ay Diana! ay mi desdicha!
Pil. Todo su juicio ha volado:
Carlos, señor, dueño mio.
Carl. Ay, Pilon, que no soy Carlos!
Pil. No eres Carlos? pues quien eres?
Carl. El hombre mas desgraciado
que conociò el Universo,
pues el tormento que passo,
es de modo, que no tiene,
sino muriendo, descanso,
y assi dexame morir.
Pil. Señor, ay nuevos encantos,
que assi te obliguen? què tienes?
no te fias de un criado?
Carl. Nada reservè de ti,
y assi, aunque tu ingenio raro
no puede en esta ocasion
ser, como en otras, al caso,
previniendote que sabes
el capricho de Alexandro,
sin que yo pueda entender
sus intentos soberanos,
escuchame, por si puedo,
à pesar de mi cuidado,
hallar diciendo la causa,

la

la muerte por el atajo.
Pil. Por atajo morir quieres?
pues no miras que el atajo
es donde fundò Narvaez
de la destreza el amparo?
Carl. Esta mañana, Pilon,
por esse postigo falso,
que à las riberas conduce,
por breve senda de ramos,
si no del Pò caudaloso,
de mas ameno retrato,
inducido del calor,
tan demañana fui al baño,
que aun el Sol no daba señas
de comunicar sus rayos,
en un sitio de esmeraldas,
hermosa estancia del Mayo,
tan bien texido, que apenas
registrar dexa su espacio,
formè tienda de campaña,
cuyo pavellon de ramos,
fue de tantas confusiones,
y tanto rigor teatro.
La musica de las aves
la venida festejaron
del Alva, que esta vez quiso
en una carroza al campo
darle nuevos resplandores,
y embidia à la que aguardaron.
A media tinta la luz
huia el Planeta gallardo,
comunicando à las flores,
y como tarde llegaron
sus rayos, viendo otro Sol,
sin poder dissimularlo,
se le puso de corrido
todo el semblante encarnado.
Llegò la carroza al rio,
y despues que los cavallos
quitò el cochero, y dexò
seguro el terreste barco,
sali del agua, haciendo
celosias de los ramos,
logrè la mayor ventura
que vieron ojos humanos.
De entre las cortinas bellas
saliò un prodigio tan raro
de hermosura, que imagino,
que à no tener deslumbrado
con su vista mi discurso,
fuera arrojo temerario
pintarla, y el no tenerle,
es la disculpa que hallo
de arrojarme à conseguirlo;
porque en esta empressa hallo,
que discurrido el intento,
no pudiera del espanto.
Era una dama: ay de mi!
y dos que la acompañaron
comienzan à despojarla,
y amor la ocasion logrando,
iba en su aljaba poniendo
todo quanto iban quitando.
Del proprio cayrèl desatan
todo un Abril, todo un Mayo,
cuyo aparador de flores
diò fragrancia à todo el campo:
y de advertencia las damas
la despojan de los lazos,
que los llevaba de mas,
con tanto assombro de rayos.
Para componer el pelo,
tal vez no ponia manos
en las trenzas, si azucenas;
mas no dixe bien, quaxados
de cristal jazmines eran:
intento, en fin, soberano,
aunque su nieve no pudo
apagar incendio tanto.
Una media mascarilla,
à pesar de su recato,
me diò licencia que viesse
en un bruñido alabastro
un clavèl, que si le abria,
eran los tesoros tantos,
que descubria en su centro,
que es advertencia el dexarlos,
por no ofender lo divino
con un borrador humano.
Al despojarla un justillo,
que cerraban seis penachos,
alamares de diamantes,
descubriò el bello milagro
la candidèz de la nieve,
pero como se encontraron
los ampos, y los luceros,
archeros son del recato,
por defenderla disparan

tan

tanto diluvio de rayos,
que peligràra la vista,
à no ser su intento en vano,
pues ya yo estaba sin ella
quando las flechas llegaron.
Y mirandose tan bella
en los cristalinos campos,
dixo: guardense los hombres;
cubriòse, y passo al calzado:
aqui no tuve que vèr,
porque aunque los ojos, argos
del deseo, procuraban
hallar los pies, era en vano,
que mas que la vista eran
sutiles, y no ay hallarlos.
De alabastro un cendal cubre
el prodigio mas gallardo,
que puede fingir la idèa;
y viendose con recato
en brazos de las dos damas,
llegò al rio à darle abrazos,
y el parece agradecido,
que la dixo: estoy ufano,
madre de amor; pues que veo
que no se te avrà olvidado,
que de mis blancas espumas
fuiste venturoso parto.
Luego de los Ruiseñores
alabanzas se escucharon,
celebrando su belleza,
y me dieron tal assalto
con el acorde harmonía,
que como estaba mirando
tanta hermosura rendido,
y era tan suave el canto,
si dura mas, me convierto
en viva estatua de marmol.
Saliò del agua, y entonces
las dos Ninfas la esperaron
en un cambray, que fue concha,
adonde el Alva llorando
nectares, perlas lloviò
por gozar el agassajo.
Fue servida del vestido,
y me pareciò escusado
ofrecersele las damas;
porque si amor la juzgaron,
por què vedan lo desnudo,
si conceden lo vendado?
Hicieron señal, y al punto
que vinieron los cavallos,
parte el coche, yo le sigo,
sin duda alguna juzgando
era este bello prodigio
de los muchos que han llegado
à partir con la Duquesa
à Napoles, y reparo
era su misma carroza.
Veola entrar en Palacio,
y con cautela registro
quanto passa: voy al quarto
de Diana, y conocì
ser la que vide en el baño,
la que me quitò la vida,
la que rendido idolatro,
la que no puedo servir,
por ser prenda de Alexandro,
la que miro como à Reyna,
la que venero, notando,
que serà esposa de un Rey,
y que yo soy su vassallo.
Este ès, Pilon, mi tormento,
pues no basta averme dado
la muerte la vez primera
que la vi, sino los Astros,
siempre para mi crueles,
con nueva ocasion me han dado
motivo para que muera,
ò viva desesperado.

Pil. Rigurosa es la ocasion
para aumentar tus cuidados,
porque vèr::: quiero callar,
que para estarte escuchando,
es menester mucha cuenta,
para que no coma el diablo.

Carl. Ay de mi! *Pil.* Mira, señor;
porque veas al contrario
tu sucesso con el mio,
has de saber, que buscando
alguna ocasion de vèr
à Flora, por quien me abraso,
en un cancèl me escondi,
que tiene puesto en su quarto,
tan ajustado con èl,
que era figura su espacio:
Queria yo vèr mi dueño
à un candil de garabato,
andar à caza de pulgas,

que

que fuera grande regalo,
que tambien tiene el candil
su estimacion en Palacio.
Carl. Quieres callar. *Pil.* Oye, pues,
que tiene sazon el caso.
Era yà la media noche,
al tiempo que oygo unos passos,
como quando algun pison
assienta algun empedrado:
y entendiendo vèr à Flora,
padeci terrible engaño,
porque venia una dueña
en dos chapines tan altos,
que dudè si este demonio
venia à acostarse en zancos.
Colgò un candil, y cerrò,
y luego se fue quitando
una pieza de mortajas;
y assi que llegò à los paños
menores, yo no sè como
no echè las tripas de asco.
Descubriò un costal de tabas,
y dixo medio llorando:
Que aya quedado tal,
despues de tantos regalos!
Vèn acà, triste de ti,
vieja de todos los diablos,
què cuenta has de dar à Dios
de aver vivido cien años
sirviendo aquesta fantasma,
sabiendo que no ay Christiano,
que no haga penitencia
alguna por sus pecados?
O, si permitiera Dios,
que aora viniera Malco,
y me diera en esta cara
una bofetada, quanto
me alegràra! Jesus mio,
por vuestro amor lo passàra.
Ea, mi Dios, permitidlo,
merezca yo sentir algo
de lo que vos padecistes:
no me escuchais? con quien hablo?
en fin, quereis que me acueste
sin esta merced? pues vamos
à dormir en el Señor.
Apenas lo dixo, quando
la doy tan gran bofetada,
que fueron, señor, rodando,
vieja, chapines, bufete,
velador, y garabato.
La Dueña, buelta en Leon,
decia à voces: Borracho,
en los infiernos lo penes,
perro, traydor, sayonazo;
señor, yo tengo la culpa,
mas no lo digo por tanto.
Carl. Que siẽpre has de hablar de burlas.
Pil. Si, mas son burlas de manos,
Carl. Dexame sólo, Pilon,
y trae de escrivir recado,
que he discurrido que es bien
dar un papel à Alexandro,
pidiendole que me dè
licencia para de tantos
laberintos retirarme,
porque en su presencia hallo,
que no he de poder pedirla.
Pil. Señor, dixo un Cortesano,
que el que mira un impossible,
y muere por alcanzarlo,
ò tiene un poco de loco,
ò mucho de mentecato.
Aqui està la escrivania,
yo voy à saber si acaso
se la ha quitado à mi dueña
la pesadumbre con Malco.
Sientase Carlos en una silla, que estarà junto à un bufete.
Carl. No es acertado escrivir,
padezca yo, y Alexandro
no conozca en mi flaqueza,
y mas que haria reparo
en ello, pues era fuerza
conocer prudente, y sabio
la ocasion de mi retiro.
Rendido estoy, ocupados
de la pena mis sentidos,
parece buscan descanso
en el sueño: ay impossible!
como sin vos he de hallarlo?
Duermese, y sale Flora.
Flora. Este es el quarto del Rey,
y por mandado de Estrella
le traygo aqueste papel:
ò, ruego al Cielo, que pueda
darsele, sin que Diana
por ningun caso lo entienda!
El secreto me encargò,
temerosa de la Reyna,

y yo ſe le he de guardar,
que no ſon todas parleras,
las que ſirven, aunque ſiempre
las mas deſte mal flaquean.
No ay nadie en toda la quadra,
vana fue mi diligencia;
pero no, que en una ſilla
el Rey eſtà, llego cerca;
mas ſi no me engaño, duerme,
el deſpertarle no fuera
acertado, yo le pongo
aqui el papel, porque pueda
leerle quando deſpierte,
que en ſu mano es coſa cierta,
que le dexo bien ſeguro,
porque no avrà quien ſe atreva
à quitarle: Fui dichoſa
en hacer la diligencia. *Vaſe.*

Sale el Rey por otra puerta.

Rey. No he viſto en todo oy à Carlos,
y mi corazon ſe quexa
de ingrato, quando padece
un breve inſtante de auſencia:
Que eſtaba, dixo Pilon,
para eſcrivirme con pena,
para mi un papel, ſin duda
que retirarſe deſea
del empeño en que le he pueſto,
por ignorar èl mi empreſſa.
Dormido eſtà, no parece
que padece las tormentas,
que tengo en mi corazon,
pues tan guſtoſo ſoſsiega.
Ya tiene eſcrito, pues miro,
que cerrado el papel, mueſtra,
que es para mi el ſobre-eſcrito:
ſu intento embiarmele era,
y por no aver quien le lleve,
ſe durmiò con la triſteza.

Quitaſe el ſombrero, y arrodillaſe.

Carlos, ſeñor, dueño mio,
no ay en ocaſion como eſta
menor criado que yo;
y ſi aguardais à quien pueda
darſele à Alexandro, aqui
tiene, ſenor, vueſtra Alteza
quien adelanta rendido,
preceptos que no le ordenas;
que pues en lance como eſte
no reſiſte la obediencia,
ſin duda es mi Rey, pues hallo
alivio en ſolo tenerla.
Yo le abro: mas què miro!
aqui firma la Duqueſa
de Mantua; què es eſto, Cielos!
yo me engañè, porque ella
le tiene por Alexandro;
ò, quanto un acaſo yerra!
Pues còmo, ſi eſtà en ſu mano,
cerrado eſtaba? que aprieſſa
me aviſa mi noble ſangre
de ſu pecho la fineza!
Claro es, que no eſtar abierto,
fue una noble reſiſtencia,
muy debida al real decoro,
que eſte caſo manifieſta;
porque ſi abierto le hallàra,
era dar à las ſoſpechas
de poca lealtad indicios,
y en èl no caben ofenſas;
pues no abrirle fue lealtad,
fue reſpeto, fue grandeza,
fue valor, fue diſcrecion,
y fue finalmente prueba
de ſer ſu ſangre un criſtal,
que lo Real manifieſta.
Verdad es, que yo pretendo,
que ame à Diana bella;
mas eſto, como èl lo ignora,
aunque muera de ſus flechas,
eſtà moſtrando ſu ſangre
quien es en la reſiſtencia;
y aſsi, con ſola eſta accion,
averiguado que tenga
amor à Diana, es digno
de la Corona ſuprema.
Buelvo à cerrar el papel,
que por ſer de la Duqueſa,
aun fuera en mi mas delito,
que en Carlos, ſi le leyera.
Como tan recien cerrado,
aun no ſe raſgò la nema:
buelvo à dexarle en ſu mano,
corrida el alma, que tenga
color de ofenſa una coſa,
que ſe hizo ſin ofenſa.
Verè encubierto, ſi Carlos
deſcubre algunas centellas,
quando deſpierte de amor,
que ſe logra en conocerlas

el

el cariño mas ayroso,
mas gustosa la fineza:
Yà despertò. *Encubierto.*
Carl. Què fantasmas
he soñado? què quimeras?
sobre que miraba yo,
que la Corona suprema
de Alexandro, mi señor,
adornaba mi cabeza!
que terrible desatino!
antes mil veces yo muera.
Rey. Ha, hijo del gran Rodulfo,
que bien descubres sus prendas!
Esso que miras en sueños
has de vèr en evidencias.
Carl. Pero què papel es este?
Pilon puede ser que sea
autor de aqueste embeleco,
algo pide su agudeza.
Alexandro dice, quiero
abrirle; pero què fuera
que le embiase Diana?
yà por sola esta sospecha
fuera traycion el abrirle:
Y asi, pues dicen sus letras,
que es para Alexandro, yo
se le he de dar à su Alteza,
y sea de quien se fuere.
Rey. Huvo tan clara evidencia!
lo que yo avia presumido
ordenò el Cielo que vea,
dormido se le traxeron,
segun el caso demuestra.
Carl. Verdad es, que el Rey me diò
la muerte en vèr à la Reyna,
mas no la ofendan mis ojos,
que no importa que yo muera.
Rendido estoy, es verdad;
pero antes que se atreva
mi vista à mirar al Sol,
empeñando su pureza,
me darè mil veces muerte.
Oy pedirè al Rey licencia
para retirarme, donde
jamàs mire à la Duquesa,
aunque si està ya en el alma,
el huir què me aprovecha,
si donde quiera que vaya,
la he de llevar dentro de ella?
Ay, Diana! ay, Alexandro!
Rey. Carlos. *Carl.* Señor, V. Alteza
me dè los pies. *Rey.* Son los brazos
aun para vos corta esfera:
què teneis, que me llamais?
Carl. Señor, no es mucho que tenga
à vuestro nombre en los labios,
que estan en el alma impressas,
las mercedes que me haceis,
y à faltar la Real presencia,
todo es decir, Alexandro
es alma de mis potencias.
Rey. Bien dissimula; es papel? *ap.*
Carl. No he sabido cuyo sea,
para quien es èl lo dice,
vuestra Magestad le lea.
Rey. Aunque dice aqui Alexandro,
es para vos; no ay quien sepa
que sois Carlos: ea, abridle,
y parece que la letra
es de muger; no le abris?
què haceis? no rompeis la nema?
Carl. Señor, como he de atreverme,
si fuesse de la Duquesa?
Rey. Què importa, si yo os lo mando?
Carl. Solo puede la obediencia
obligarme, gran señor,
à leerle. La Duquesa:::
estais aora contento?
serà bien que yo le lea?
Rey. Si lo estoy; leedle, pues.
Carl. Pues dice de esta manera;
por venerar sus designios, *ap.*
no los culpo de imprudencia.
Lee. A Napoles, por casarme,
vine, y pido à vuestra Alteza
me buelva à Mantua, que yo
soy forzada en esta empressa:
Perdonadme el desengaño,
que es mi suerte tan adversa,
que aunque yo os quiero querer,
ella no quiere que os quiera.
Otro amor, señor, os llama,
intentele su grandeza;
porque le aguarda Diana,
solo para ser Estrella.
Esto que dice de suyo,
conocerà, quando vea,
que muda de parecer,
si ay lealtad en la nobleza.
Rey. Mysterioso està el papel, *ap.*

lo que penetro concuerda
con lo que me dixo à mi
estando con la Duquesa,
de que no podia amar
al Rey; sin duda son quexas,
viendo en Carlos lo remiso:
desta suerte se remedia.

Carl. Y què hemos de hacer aora?
señor, dexa lo que intentas,
pues dice que no me quiere,
bien claramente lo muestra:
No mirais que me aborrece?
declaraos, dad licencia
que yo la diga à Diana
quien soy. *Rey.* Suspended la lengua;
antes ordeno, que al punto
bolvais cariñoso à verla,
y la deis satisfacciones
no tibias, sino de veras.
Haced cuenta que sois Rey,
presto passarà esta fuerza,
que antes que acabe su curso
oy esse quarto Planeta,
vereis este laberinto
sin confusion, sin tinieblas.
Esta experiencia me falta,
haced la ultima fineza,
porque aveis de conocer,
que aunque os pongo en la tormenta,
à lo mucho que debeis
no aveis de hallar recompensa. *vase.*

Carl. A lo mucho que debeis
no aveis de hallar recompensa?
claro està que no he de hallarla,
que son muy cortas las fuerzas
de un vassallo, y quanto hiciere,
nada es paga, sino deuda.
Bolverè à vèr à Diana
con amor, y reverencia,
que he de vencer por mi Rey
tanto harpon, y tanta flecha.

Vase, y canta dentro una voz, y sale por una puerta Estrella, y por otra Astolfo, con un pañuelo, que se pondrà en los ojos à su tiempo.

Cant. El valeroso Guillermo,
honor, y amparo de Mantua,
derrotado, y mal herido
se sale de la batalla.

Estrell. Siempre que escucho esta historia
se me parten las entrañas!

Astolf. Ay de mi! què es lo que escucho?
yà noto quan señalada
fue mi tragedia, pues veo,
que en otro Reyno se canta!

Cant. Huyendo de su enemigo
lleno de mortales ansias,
le despeñò al Apenino,
dando fin à sus desgracias.

Estrell. Què dolor! viven los Cielos,
que si en el lance me hallàra,
que como leona, à quien
los cachorrillos la faltan,
y viendo que en todo el monte
hallar no puede la causa
de su dolor, herizando
la rubia melena, arranca
los arboles, que à su furia
son aristas delicadas;
assi yo en el homicida,
Belona de la campaña,
hiciera tan grande extremo,
que diera assumpto à la fama,
à que en bronces esculpiera
mi valor, y la venganza.

Astolf. Es verdad que el Apenino
me recibiò, mas sus aguas
fueron sagrado à mi vida;
pero tercera vez cantan.

Cant. Y à la fin ventura Estrella,
por hija deste Monarca,
la puso el cruel Rugero
el cuchillo à la garganta.

Ast. Ay dulce, y querida hija! *Llora.*
veinte años ha que me faltas,
y otros tantos ha que estàs
dando tormento en el alma!
Jardinero, no prosigas.

Estrell. Villano, no cantes, calla.

Astolf. Pues quien sois, señora mia,
que puede esta historia amarga
causaros tan gran disgusto?

Estrell. No conoceis à Diana?

Astol. Valgame Dios! y aun por esso
la diò disgusto escucharla,
que no quiere su delito
oir nadie cara à cara.
No quiero mirarla al rostro,
que puede ser que al mirarla
retrato de mi enemigo,

dè el ultimo aliento el alma.
Perdonad, Duquesa ilustre:
ilustre dixe? se engaña *ap.*
la lengua: el no conoceros. *de rodillas.*
Estrell. O, què venerables canas!
levantad: sois vos Altolfo,
à quien celebra la fama?
Astolf. El mismo soy. *Est.* Pues decid:
Astolf. Temblando estoy de mirarla.
Estrell. Què teneis con essa historia,
que tanto dolor os causa?
Astolf. Què tengo? aver conocido
à Guillermo en sus desgracias;
fui compañero en sus males,
y quedòme tan gravada
en el corazon su pena,
que lloro en solo escucharla.
Estrell. A Guillermo conociste,
cuyas ilustres hazañas
aun no ha podido la embidia
del cruel Rugero borrarlas?
Tu aquel varon conociste,
à quien, sin ninguna causa,
le quitaron la Corona,
y con la vida, la fama?
Tu fuiste su amigo acaso?
pues como, dime, te tardas
en pedirme que te dè,
padre, en albricias el alma?
Astol. En albricias? Pues, señora,
no has dicho que eres Diana?
Est. Es verdad. *Astol.* Pues si lo eres,
la Magestad como engaña?
Rugero no es vuestro tio,
quien al gran Duque de Mantua
le despojò de su Reyno,
diò muerte à toda su casa,
matò todos sus parciales,
alterò todas sus plazas,
hizo que se despeñasse,
y dando fin à su rabia,
matò la luz de una Estrella,
heredera de su casa? *Llora.*
Est. Tanto lloras? *Astol.* Y aun es poco
dar la vida, si repara
mi atencion, en que mostrais
que os pesa de sus desgracias,
quando miro de Rugero,
que sois una viva estampa,
y que teneis heredado
el nombre de ser tyrana.
Yà lo dixe, la razon
me diò lugar à templanza:
mas què miro! Cielo santo, *ap.*
en el rostro de Diana
veo estampado el de Estrella,
si las señas no me faltan.
Est. No sè que tiene en el rostro, *ap.*
que aunque arrojado me habla,
sin atender à la ofensa,
me enternecen sus palabras.
Respondo por la Duquesa,
que su virtud soberana
le respondiera lo mismo,
si en este lance se hallàra,
como notè muchas veces,
tratando este caso en Mantua.
Altolfo, no puede ser,
que aunque es Rugero mi tio,
que tenga yo mi alvedrio
libre de su proceder;
en mi es precisso tener
parte alguna en su traycion?
No puede mi corazon,
viendo tan grande fiereza,
obrar como su nobleza,
y dexar su inclinacion?
Y por esso no es Diana
en su imperio soberano,
aunque se le diò un tyrano,
como aveis dicho, tyrana;
es apacible, y humana,
y vereis esta verdad,
en que viendo la amistad
que con Guillermo has tenido,
os afrece agradecido
su pecho la Magestad.
Astol. De dos cosas admirado
estoy, quando aqui os assisto:
la una, de averos visto,
y el averos escuchado.
En veros miro un traslado,
que es de Guillermo testigo,
y en escucharos consigo,
que si mi amigo viviera,
en vuestra Magestad viera
una hija, y un amigo.
Una hija, que fue Estrella,
que el gran Principe perdiò,
que niña conocì yo,

y os parecéis mucho à ella:
amigo hallàra, pues bella
descubris vuestro valor,
pues que sentis el rigor
de tanta adversa fortuna;
y asi, sin duda ninguna,
se halla todo en vuestro amor.
Estrell. Que en efecto conociste
à Estrella? *Astolf.* La conocì;
siendo muy niña la vi.
Estr. Y donde, Astolfo, la viste?
Ast. En Palacio; ay de mi triste!
Estr. Y à mi se pareciò Estrella?
Ast. Fue por extremo muy bella.
Estr. Mucho me dà que entender
no saber quien me diò el sèr, *ap.*
y ser parecida à ella.
Si acaso el Cielo guardò
mi vida? mas es quimera,
aunque no lo dudo mucho
del aliento que me lleva.
Si la virtud de Diana
acaso :: que te despeñas,
imaginacion, detente,
pues que te tiro la rienda.
A Astolfo verè despacio,
porque miro en su presencia
una deidad ignorada,
à quien mi atencion respeta.
Astolfo, bolved à verme,
porque quiere mi grandeza
tratar con vos muchas cosas. *vas.*
Ast. No he de poder, aunque quiera,
dexar de serviros siempre.
Bolviòme el alma de cera,
no dudàra ser mi hija,
si no la hallàra Duquesa:
Confuso estoy de aver visto,
que se parezca à mi Estrella,
si no es, que se me han borrado
de su hermosura las señas.
Quiero vèr à Federico,
pues solo con darle cuenta
de lo que passa, le templo
algo el rigor de sus penas,
y aun de las mias tambien,
pues de la mina tan cerca
estoy; pero Carlos viene,
encubrirme serà fuerza
detràs de aquestos jazmines,
mientras passa. *Sale Alex.* Ya desea
mi corazon vèr à Carlos,
que conozca mis finezas.
Aqui fue donde mi padre,
si no me engañò la idea,
se me apareciò en las sombras,
y no he de hallar aunque quiera,
avisos mas evidentes,
pues aunque yo no tuviera
mas desengaño, que verme
sin el rigor de mis penas,
me bastarà solamente.
Ast. Què es lo que Carlos intenta?
sin duda que sabe el sitio
de la mina, pues en ella
se ha parado; pero escucho,
que està confusa la idèa,
hasta saber què pretende,
porque yo no sè que sepa
que tiene à su padre vivo.
Alex. O si los Cielos quisieran,
que Federico bolviesse!
Ast. No penetro lo que intēta. *Al.* Federico.
Debaxo Alisio. Llega, Astolfo,
que la mina està dispuesta.
Alex. Cielos, què es esto que escucho?
Ast. Que soy yo sin duda piensa.
Alex. Astolfo, aguarda, que es esto?
Ast. Salir aqui serà fuerza,
y declararle el secreto,
pues no ay riesgo en que lo sepa
Carlos? *Alex.* Confuso me hallais.
Ast. No sè yo, Carlos, quien sea
el que tiene de los dos
mas confusion, quando llegan
à mis oìdos las voces
de estàr en vuestra presencia:
à Federico llamais?
Alex. Es tan terrible la pena
de su muerte, que en estando
solo, el amor que me alienta,
todo es decir: Federico:
Dissimulo; y de essa peña *ap.*
oì una voz, que me dixo:
Llega, Astolfo, que dispuesta
la boca està de la mina,
y el alma duda què sea.
Ast. Vuestro padre no fue el Conde?
Alex. Assi el alma lo confiessa.
Ast. Pues si os criasteis con èl,

la mina no se os acuerda,
que tiene aqueste jardin?
Alex. Nunca me diò parte della.
Ast. Pues mirad, no esteis confuso,
nada, Carlos, os suspenda.
Federico vuestro padre
no muriò, porque le encierra
esta gruta, desde el dia
que se publicò la nueva
de mi venida, porque
regido de mi prudencia,
llegò desde el Apenino,
adonde por su nobleza
èl se avia retirado;
y aquella carta secreta,
que vos disteis à Alexandro,
fue para Rodulfo, y esta
declaraba como sois
de la Corona suprema
de Napoles successor;
y por esta razon mesma
os dixe yo de Alexandro
la causa de sus tristezas,
porque ya avia Federico
dadome de todo cuenta.
Alex. Pues como, saber pretendo,
de la Corona suprema
puedo ser yo el heredero?
Astolf. No os dixe, si se os acuerda,
que os trocaron al nacer?
y en la carta daba cuenta
de todo al Rey, Federico,
y jamàs dèl se supiera;
pero como muriò el Rey,
y quedò su hijo, intenta,
ayudado de mi industria,
vèr si la grande nobleza
de Alexandro, restituye
la Corona à tu cabeza.
Alex. Huvo tan gran desengaño! *ap.*
Y esta mina adonde llega,
que nunca à mi quiso el Conde
decirmelo? *Astolf.* Tiene hechas
debaxo hermosas estancias.
Alex. Pues para que mejor pueda
lograr mi padre su intento,
si acaso tiene otra puerta
la mina, llamà à mi padre.
Ast. Pues què es, Carlos, lo que intentas?
Alex. Yà lo sabràs, que he de hacer,
que todos los Orbes sepan
el valor de Federico.
Astolf. Pues voy, con vuestra licencia,
por la otra puerta à llamarle. *vase.*
Alex. Sabrà el mundo mi nobleza.
Raro caso! Vive Dios,
que fue, con toda evidencia,
mi padre el que la otra noche
se valiò de la cautela
de difunto, porque assi
no conocerle pudiera.
Sale Aurel. Què haces, señor, desta suerte,
quando la flor de tu Reyno
à las puertas de la Quinta,
à pesar de tu precepto,
quieren entrar? *Sale Carlos.* Alexandro,
de Mantua todo el Imperio
està poblando los campos,
à grandes voces diciendo,
que donde està su Duquesa,
porque como se bolvieron
sin verla casar, sospechan
algun contrario sucesso,
y assi mira lo que intentas.
Sale Pil. Cuerpo de Christo, què hacemos?
à toda Velflor nos cercan,
que presumen que te has buelto
Minotauro, como estàs
en el laberinto puesto.
Sale Dian. Vuestra Magestad, señor,
Hablando con Carlos.
como prudente, y tan cuerdo,
remedie estos alborotos.
Alex. Abrase la Quinta, Aurelio.
Y Diana donde està?
Sale Estr. Confusa en vèr tanto estruendo.
Alex. Entre Napoles, y Mantua.
Carl. Lo que essos dicen te advierto.
Dent. Hable Carlos por nosotros,
diga que se quexa el Reyno
de que no vèn de su Rey
la Magestad, y el Imperio.
Carl. Esto es, señor, que desean,
logrando tu casamiento,
verte en publico gustoso.
Dian. Què escucho? valgame el Cielo!
luego Carlos no es el Rey?
Alex. Oidme todos atentos,
Napolitanos valientes,
de la tristeza mi excesso

nacìa de que no era
de vuestra corona dueño;
hijo soy de Federico,
esto lo sè por muy cierto:
Carlos es vuestro Monarca,
del gran Rodulfo heredero;
por acaso nos trocaron,
cuyo admirable sucesso
sabreis en Napoles todos;
y assi, yo soy el primero
que la obediencia le doy.
Carl. Dudando estoy lo que advierto.
Alex. Decid todos: viva Carlos.
Aur. Quien ha de dudar de hacerlo,
si sois el interessado?
y assi, diga todo el Reyno:
Viva Carlos. *Todos.* Viva Carlos.
Estr. Yà muriò todo mi aliento!
Alex. Ea, gran señor, aora
conocereis mis intentos.
Dian. Huvo tan grande prodigio!
Pil. Parece casa de Griegos.
Estr. Còmo vuestra Magestad
no se declara? teneos, *Al paño*
porque yo no soy la Reyna. *Astolfo, y*
Dian. Si lo es, oìde atentos *Federico.*
Pil. Yà escampa, y llovian ladrillos.
Dian. Mantuanos Cavalleros,
y Napolitanos nobles,
Alexandro, cuyo esfuerzo
con esta accion ha dexado
cautivo mi entendimiento;
yo soy la misma Diana,
sobrina del cruel Rugero,
que tyranizò el Estado
al infelice Guillermo:
matò todos sus parciales:::
Ast. Què escucho? Valgame el Cielo!
Dian. Y aviendole dado muerte,
buscò rabioso, y sediento,
para quitarle la vida,
al prodigio que estais viendo.
Esta es Estrella, Mantuanos,
hija del grande Guillermo,
que la guardò mi lealtad
para bolverla su Reyno.
Astol. No me engañò à mi la vista.
Fed. Como no mata el contento?
Estr. Es de tal suerte la dicha,
que yà no cabe en el pecho.
Alex. Aun falta mas. *Aur.* Pues què falta?
Alex. Que salga à vista del Pueblo
mi padre, el gran Condestable,
pues se ritirò, temiendo
no le costasse la vida
revelar este secreto,
como testigo de vista,
por ser el autor del trueco.
Sale Federico. Assi es la verdad, yo
fui la causa del sucesso,
que por dar gusto à mi Rey,
sin prudencia, y sin acuerdo,
causè el yerro que mirais,
con fin tan dichoso, y bueno;
mas aun falta otro prodigio,
y es, que el Principe Guillermo,
Duque de Mantua, està vivo,
dadle la obediencia luego,
pues la cõcedeis à Estrella. *Tod.* Si damos.
Sale Astol. Pues yà Guillermo
està presente, vassallos,
que veinte años encubierto
estuve en el Apenino,
hasta que quiso el decreto
de Dios, que el gran Federico
fuesse norte à mis aciertos.
Estr. Ay padre del alma mia!
Astolf. Ay hija de mis deseos!
Feder. Ay hijo, flor de lealtad!
Alex. Ay padre, de quien la heredo!
Carl. Por un Reyno que me dais,
os quiero dar otro Reyno;
Mantua es ya vuestra, Alexandro,
de Diana dulce empleo,
aunque fuera poco un mundo,
Alexandro, à lo que os debo.
Dian. El Estado que dexè,
me dà mejorado el Cielo.
Carl. Dichosa la Monarcquìa,
que tiene vassallos buenos!
Estrella, aquesta es mi mano.
Estr. Y la mia, dulce dueño.
Alex. Yo se la doy à Diana.
Dian. De mi lealtad es el premio.
Pil: Yo tambien caso con Flora.
Carl. A Napoles, Cavalleros.
Pil. Y Thomàs Manuel aqui,
si le perdonais sus yerros,
que al Noble su sangre avisa,
dirà al mundo, para exemplo.

F I N.